La chica perfecta

En una aldea de Moxico, un hombre tenía una hermosa hija. Todos los jóvenes que pasaban por allí querían ser amigos suyos. Algunos, incluso pensaban: "¿Quién sabe? Quizás podría ser mi esposa". Los que la pretendían, iban a hablar con sus padres para pedir su mano. El padre aceptaba con una sola condición:

— Yo ya soy mayor, si tú consigues acabar de arar la tierra que yo no pude terminar aceptaré que te cases con mi hija.

Y así los jóvenes pretendientes se ponían a hacer lo que el futuro suegro había pedido. El primer joven que vino cogió la azada, un machete y una navaja, y el padre de la chica le dijo:

— Empieza a arar a partir de este mojón hasta allí sin descansar. Si lo consigues, te puedes considerar mi yerno.

El joven, obedientemente, cogió la azada y empezó: ploc, ploc, ploc, ploc, ploc, ploc... Y araba la tierra bajo la atenta mirada de la madre de la joven.

Después de unos metros, suspiró:

— ¡Uff!

Quiso erguirse un momento, pero la suegra que lo vigilaba, cuando lo vio estirarse le dijo:

— Acabas de descansar, mi hija no será tu mujer. Vámonos ya para casa.

Al día siguiente apareció otro pretendiente. Le entregaron los mismos aperos y empezó a trabajar: ploc, ploc, ploc, ploc, ploc, ploc. Cuando llegó a la mitad, exclamó:

— ¡Uff!

A continuación se estiró. La madre de la joven que lo vio le preguntó:

— ¿Ya estás cansado? Así no serás el que se case con mi hija.

Un poco más tarde, apareció otro joven, más bajito que los dos primeros. Nadie pensó que pudiese cumplir la tarea, y le dijeron:

— Y tú, ¿qué vas a hacer? Otros jóvenes más robustos no consiguieron acabar la tarea, ¿cómo lo vas a hacer tú?

Él contestó:

— Lo voy a intentar.

A continuación fue con la futura suegra al lugar de la prueba. Cuando estaban llegando le entregaron, como a los demás, azada, machete y navaja. Escuchó con mucha atención las instrucciones que le dio la madre de la joven:

— Empieza aquí y termina allí, sin descansar. Si consigues terminar, volvemos a casa y mi hija será tu esposa.

El joven bajito empezó: ploc, ploc, ploc, ploc, ploc, ploc. Fue avanzando hasta sobrepasar el lugar al que habían llegado los demás. Entonces, asió fuertemente la azada con una mano y llamó a la futura suegra:

— ¡Señora, señora! – y mientras señalaba con la otra mano el lugar donde terminaba la tierra arada, preguntó - ¿aquella parte también le pertenece?

La futura suegra respondió pacientemente:

— Si, aquella tierra también es nuestra.

Y así continuó haciendo preguntas, y de paso descansaba un poco.

— Señora, ¿he descansado?

— No, chico, continua.

Y él continuó: ploc, ploc, ploc, ploc, ploc, ploc. De nuevo, levantó el brazo:

— Señora, señora, ¿allí delante también tiene tierras de trabajo?

La futura suegra respondió:

— No chico, todo lo que está más lejos son matorrales. Las tierras para cultivar son sólo las que ves aquí.

Y volvió a preguntar:

— Señora, ¿he descansado?

La madre de la joven respondió pacientemente:

— No, hijo mío, no has descansado.

El joven siguió trabajando: ploc, ploc, ploc, ploc, ploc, ploc, hasta que dijo:

— Señora, dejé mi ropa allí detrás, ¿sabe si las hormigas se la estarán comiendo?

La suegra preguntó:

— ¿En qué sitio?

Y él le explicó:

— ¡Más lejos!

La suegra le contestó:

— No, hijo mío, los pantalones están en buen estado.

Y el joven volvió a preguntar:

— Señora, no he parado, ¿verdad?

— No, hijo mío.

— Pues entonces he terminado Señora.

La suegra muy contenta empezó a dar palmas y a gritar:

— ¡Bien, bien, bien!

Enseguida se encaminaron hacia la aldea y se acercaron al porche, donde estaba el suegro descansando. Este, en cuanto los vio, preguntó a su mujer:

— ¿Qué ha pasado? ¿Consiguió acabar de arar sin descansar?

Ella le respondió:

— Si, querido.

Y así el joven llevó a la hermosa chica a su casa y la convirtió en su esposa. Tuvieron muchos hijos, y fueron felices durante muchos años.

Moraleja: No hay que juzgar a las personas por su apariencia sino por sus actos.